

Kafka, Borges y Arreola, tres miradas, tres voces, tres culturas, tres geografías, frente al Caballero de la Triste Figura, muestran que la grandeza del Quijote está también en la grandeza de sus lectores y, como lo analiza sabiamente Saúl Yurkievich, en sus recreadores. Los tres juegan con Don Quijote y lo trasladan a otros ámbitos, cada uno a su manera, con su propio humor y ante sus espejos respectivos. Saúl Yurkievich sabe que el mejor homenaje a Cervantes, en el cuarto centenario de la primera salida de su héroe, es escuchar algunos de los ecos que la inmortal figura ha provocado.

Y si el Quijote supo nombrar nuevamente las cosas, y llamó yelmo a una bacía, en nuestro mundo también existe la anomia, la incapacidad de nombrar. Y, con la anomia, existe el miedo. Éste es el tema del brillante texto de Sergio González Rodríguez: “Al final del siglo xx y el inicio del siglo xxi, el miedo es el síndrome de una fatalidad cumplida en las sociedades planetarias”. Pero este miedo de hoy es un fenómeno de extrema complejidad porque, como concluye Sergio González Rodríguez, “es la fórmula de lo vertiginoso, y cuando alcanza su clímax se invierte en placer, en mal gozoso. Esto explicaría su generalización contemporánea. El hedonismo del pavor...”.

Rosa Beltrán demuestra en el cuento la primera fórmula de sobrevivencia que el ser humano encontró. La escritora defiende el género y lo sitúa en una posición superior inclusive a la novela. Para ella, lo perdurable del cuento “está en su enigma. Y observo que en los grandes cuentos que me han acompañado el enigma permanece, y su rumor inquietante no deja de oírse”. Así, concluye, “es posible que el cuento, que ha variado tanto su estructura siga haciéndolo y como un virus mutante se adapte a la forma que la ciencia traza hoy para entender la vida. Lo que es indudable es que el corazón del cuento, su esencia, seguirá estando en esa inquietud, en el rostro oculto que, como Jano, muestra sólo a medias”.

La creación poética está presente en este número de la *Revista de la Universidad de México* en dos voces: Julio Trujillo y Mónica Lavín. Desde la lírica, Julio Trujillo nos viene a decir en *Bipolar*, que todo lo humano acaba en el ansia por “encontrar la fuente de la música”. Y, desde la épica contemporánea, Mónica Lavín se sitúa ante Malverde, el santo de los narcos, para contarnos que la rubia y la morena se hermanaron en la “muerte compartida”.

La poesía dramática no puede estar mejor representada. Un texto tan apasionado cuanto documentado de Enrique Flores sobre la estancia de Antonin Artaud en nuestro país, en 1936, antecede *La conquista de México*, escrita por el poeta maldito. Artaud afirma que “los dioses de México muestran cómo el hombre podría salir de sí (...) tienen líneas abiertas, indican todo lo que ha salido, pero ofrecen la manera, al mismo tiempo, de entrar en algo”. Por ello vino a México, explica Enrique Flores.

María Rosa Palazón, a partir del fundamental texto de Jonathan Swift *Una modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o su país...*, estudia el humor negro, sus lágrimas amargas y su sentido profundo en una sociedad que, como la actual, masifica y simplifica hasta la estupidez las expresiones de la cultura.

Por su parte, Jorge Herralde analiza la literatura mestiza en Enrique Vila-Matas y concluye su texto con esta cita del propio autor: “Hay que ir a una literatura acorde con el espíritu del tiempo, una literatura mixta, mestiza, donde los límites se confundan y la realidad pueda bailar en la frontera con lo ficticio, y el ritmo borre esa frontera”. Este texto no podría estar mejor acompañado que con la serie *Paseo de San Juan* de Vicente Rojo.

En esta ocasión el reportaje fotográfico trasciende la sola narrativa para transformarse en un hacedor de magia a través de la lente de Kati Horna.

Una sección especial dedicada al teatro universitario cuenta, en este número, con textos de Antonio Crestani, Timothy G. Compton, Ricardo García Arteaga y Rubén Ortiz, así como entrevistas a Flavio González Mello y Luis de Tavira, y viene a comprobar que el hecho escénico ha sido un territorio creativo de privilegio para la UNAM.

La ausencia del doctor Roberto Kretschmer es para la comunidad científica y para nuestra Universidad una gran pérdida. Otro ilustre universitario como él, Ruy Pérez Tamayo, en un texto entrañable, recuerda una relación que trascendió los límites naturales entre el maestro y el alumno.

Por último, firmas como las de Hugo Hiriart, Sealtiel Alatríste, José Gordon, Ignacio Trejo Fuentes y Justina de Cima, entre otras, cierran este número de nuestra revista.

*Ignacio Solares*